

to dice que el pueblo no sabe más que aquello que le enseñaron, y, por consiguiente, que la semilla, con preparación previa del suelo que ha de recibirla, habría de brotar, vigorosa y lozana, difundiendo, por doquier, el bienestar de que tanto necesitamos.

Si negar que me encanta tan discreto razonamiento, no puedo, sin embargo, participar de él, por la sencilla razón de que no podemos encontrar semilla, ni aún en las cinco partes del mundo, que tenga la virtualidad suficiente para germinar en un suelo tan ingrato como el nuestro. Si, no hay que darle vueltas, con preparación, o sin ellas, estamos en la Tierra del fuego, y el fuego nos destruye. De suerte que, ni hemos sido, ni podemos ser; somos enfermos crónicos, desahuciados, y, por tanto, nuestro mal es incurable. No yo, que nada valgo; ni usted, ni otros, como usted, que mucho valen, podrían liberar al pueblo esclavo. Este, sumiso y obediente, acata las órdenes de su señor y muestra indiferencia a los que le predicán y aconsejan.

¿Usted no ve, mi leal amigo, qué indiferencia, qué frialdad, que postración por todas partes...?

¿Usted no ve como las arterias generales de la Opinión están secas, sin una gota de sangre?

¿Usted no ha notado, salvo muy contadas personas, que sin recato y públicamente hablan, que en los Centros de reunión, y en lugar apartado, se cuchichea mostrándose el descontento que todos llevan impreso en su alma?

Este hecho, desgraciadamente, es frecuente en nuestro país; mas no tenemos el valor cívico de protestar contra el que holla y escarnece nuestro derecho, contentándonos, tan solo con hablar, silenciosamente, en la plaza, o a hurtadillas en el café, en la botica, o en cualquier otra parte de reunión.

Así pensamos los hijos de Berja, los virgitanos, los párias, por mejor decir.

Esta es nuestra conducta, y a nadie nos podemos quejar del baldón tan innominoso que llevamos sobre nuestra frente. Tenemos lo que merecemos, o mejor dicho, somos acreedores a menos. Nos fustigan con un látigo en la cara, y no lanzamos ni el menor grito de protesta.

En estas condiciones, ¿donde vamos? Con un pueblo que piensa de esta manera, ¿qué se hace?

¿Usted no ha visto ese tráfico indigno que existe en nuestra plaza de abastos?

¿Ha llegado a sus noticias que alguien, por casualidad, proteste?

¿Usted no ve cómo en las tahonas,

compramos cuatro libras de pan, y, sin embargo, nos dan tres, y, en ocasiones, menos de tres?

¿Hay quien diga algo? ¿Hay, quien levante el grito?

¿Hay quien coja la pluma y de la publicidad el robo que diariamente se les hace a los hijos de Berja?

¡No hay quien diga nada! ¡Todo el mundo calla!

¡Nadie se atreve a hablar!

Estando, pues, paralizados todos los resortes de nuestra alma, ¿cómo vamos a levantar bandera, gritando, con la fuerza de nuestros pulmones... Vivan los pueblos libres?

El osado que de tal modo procediera, amén de caer en el ridículo, porque no encontraría pueblo que le secundara, sufriría los odios caciquiles, los odios del eterno verdugo, causa y origen de todos nuestros males. Y es que como la luz les ciega y el movimiento les turba, encadenan al pueblo, y le cortan la respiración y quiebran los resortes de su poder, y detienen el curso de su vida.

No se canse usted, amigo mío; aunque hubiera unos cuantos valientes, que, henchidos de entusiasmo, hicieran el milagro en la forma que usted manifiesta, bien pronto sus esperanzas irían a estrellarse

Hacen, se manifestó la rebelión en Mayo de 1482 y fué preciso encerrar en la torre de Comares, a Aixa y su hijo Babdil, para intimidar a los revoltosos, que por el pronto parecieron vencidos, pero Aixa procuró la evasión de su hijo, descolgándolo por una ventana de la torre, a cuyo pie lo esperaban los Abencerrages, que, con el Príncipe, se acogieron a Guadix, con cuyo Alcaide contaban.

Una tarde del mes de Mayo, estaba el Rey en los jardines de los Alijares con su inseparable Zoraya, cuando llegó a sus oídos el rumor de la revuelta popular.

Acudió Abul Cacin a sofocarla, pero mientras tanto, Aben Comixa, alcaide de una de las torres de la Alhambra, proclamó al Príncipe Bodbil, que se había presentado calladamente en Granada, y que auxiliado por los Abencerrages se enseñoreaba en la ciudad.

Trabóse la batalla en las calles, pero fueron vencidos los amigos del Rey, y este, con Zoraya tuvo que huir, refugiándose en el castillo de Marchena, situado en el valle de Leerin.

A este castillo acudieron todos los amigos de Muley que cité anteriormente, preparando unos ataques a Granada en el que fueron rechazados, teniendo que huir con la vergüenza de la derro-

Obligado por pactos de familia, aceptó como Sultana a Aixa, prima suya, hija de Muley el Aidar; hembra sin gracias personales, pero de genio varonil.

Su recato rayaba en austeridad lo que le habría granjeado el nombre de *La Horra*, en árabe la casta, o honesta.

Nuestro gran poeta Zorrilla la describe diciendo:

En el oscuro camarín formado
por la maciza fábrica del muro,
y en donde se abre el aljimez dorado
que dá aire y luz al aposento oscuro
al estilo de Oriente fabricado,
contempla el cielo otra muger; su duro
contorno sobre el cielo se destaca:
pues fuera del balcón, el cuerpo saca.

Es Aixa, la despótica sultana,
el genio protector del Islamismo,
desde aquella arábica ventana
mide del porvenir el hondo abismo.

Genio tenaz encarnación humana
de la fé, del valor y el heroísmo,
genio, que a aparecer en otra era
mentir a los horóscopos hiciera.

Muger altiva y fiera, de voluntad indomable.